

El cetro de poder de tu grandeza ¡Oh Divino Maestro! sea el que nos guíe, nos bendiga y nos haga saber, cuál es tu voluntad bendita ante los errores de la humanidad, ante lo disímil de nuestras conciencias, ante tanta iniquidad desatada por doquier y seas así una vez más, el tierno arrullo que en cántico se eleve, para hacer retornar a esa paloma de la paz que entrego a la humanidad de tu amor infinito, llevándole a mejores planos de luz y de fraternidad.

Amén

En las montañas, en los valles más desolados, también se puede amar a Dios; aun cuando las fuerzas de la naturaleza nos batan rudamente, es posible elevar el cántico del alma, que siendo entumecida por el frío inclemente conserva su calor, el fuego perenne de esa lámpara votiva que es la fe, esa fe que os alimenta y os retrae de todos los acontecimientos por insólitos que os parezcan, para refugiarnos en ella, para consolidaros en ella también, formando un todo indestructible que elevando la potencia de vuestro espíritu, os permite elevar vuestra oración, vuestro cántico de alabanza a ese Creador Universal, Padre de todas las criaturas y Hacedor de esa maravilla universal que contempláis; Arquitecto le llamáis y ciertamente, por la perfección creada, por la exactitud de cada elemento inmerso en ella, debéis contemplarla así; mas no olvidéis que de todo ese conjunto maravilloso, en ese único, inmarcesible techo de estrellas que os ha brindado, la joya más valiosa de su creación, es vuestro propio espíritu.

ABEL

Aquietad vuestro espíritu y con la mansedumbre de la oveja, aprended a recibir de los dones de Dios, aprended a profundizar vuestros pensamientos en la cuantía de la gracia recibida por ese Dios que os contempla con ternura y en la profunda calidez de vuestra alma, profesadle con amor de vuestra entrega, como al palio bendito que enjugar lágrimas pueda, a la vez que sois partícipes de la gracia que otorga el Señor.

ABEL

Venced al enemigo de vuestra propia alma, que es vuestra falta de fe, vencedle con las armas del amor profundo que senfis hacia Jesús, el Cordero Bendito que fuera capaz de mostráros cuán grande puede ser la fuerza del amor, cuando es nacido, procreado limpiamente y alimentado con la savia del Señor, cuando no requiere condiciones para darse, ni exige de prebendas para otorgarse, cuando en fin, se aparta de todo cuanto pueda perturbarle o distorsionarle y clarificado por la limpidez del alma, se entrega sin reservas; por ello decis que el amor verdadero nace del alma y os digo que está estructurado en ella, porque Dios lo concibió, entretejiendo en sus hilos invisibles el sentimiento más bello, como el don más delicado que como Padre, pudiera otorgar a sus criaturas.

RENE